

en medio de las plantas¹; y ambos enriquecen la memoria de un gran número de amantes de las letras. Citense cuatro líneas latinas de tanto nervio, producidas por Port-Royal en todo el curso de su molesta existencia, y consiento en no leer jamás sino las obras de esta escuela. — Pero la comparación no debe salir de los libros elementales, porque si se hubiese de extender á las obras de un orden superior, sería ridícula. Toda la erudición, la teología, la moral, la elocuencia de Port-Royal se empañan á la vista del *Plinio de Hardouin*, de los *Dogmas teológicos de Pétavio*, y de los *Sermones de Bourdaloue*.

¹ *Vitales inter succos, herbasque salubres
Quam bene stat populi, vita salusque sui!*

Ignoro si aun subsisten estas bellas inscripciones, y aun ignoro si se emplearon para su objeto; más son harto bellas para haber sido despreciadas.

CAPÍTULO IX.

PASCAL CONSIDERADO BAJO LOS TRES RESPECTOS DE LA CIENCIA, DEL MÉRITO LITERARIO Y DE LA RELIGION.

Port-Royal tuvo, sin duda escritores apreciables, pero en muy corto número; y los poquitos de este pequeño número no se elevaron jamás, en un círculo bien reducido, mas allá de la excelente medianía.

Solo Pascal forma una excepcion: mas, ¿y qué? nunca se ha dicho que Píndaro, aun dando la mano á Epaminondas, pudiese borrar en la antigüedad la expresion proverbial de *el aire espeso de Beocia*. Pascal pasó cuatro ó cinco años de su vida dentro de los muros de *Port-Royal*, haciéndoles honor, y sin deberles nada; mas aunque no pretendemos en manera alguna oscurecer su mérito real, que efectivamente es grande, es preciso tambien confesar que ha sido excesivamente alabado, como siempre sucede á todo hombre cuya reputacion pertenece á una faccion ó secta. Yo no puedo inclinarme á creer, «que en ningun tiempo ni en ningun pueblo haya existido un genio mas grande que Pascal¹;» exageracion visible que perjudica al mismo que tiene por objeto, en vez de engrandecer su opinion. No pudiendo juzgar como geómetra, me atenderé sobre este punto á la autoridad de un hombre en extremo superior á Pascal por la admirable diversidad y profundidad de sus conocimientos.

¹ *Discurso sobre la vida y las obras de Pascal*, pág. 139, al frente de los *Pensamientos*: París, Renouard, 1803, en 8.^o, t. I. Habiendo hecho los matemáticos un paso inmenso con la invencion del cálculo diferencial, la asercion que coloca á Pascal sobre todos los geómetras de esta nueva era, desde Newton y Leibnitz hasta el Sr. La Place, me parece por lo menos un error grave. Diganlo los verdaderos jueces.

«Pascal, dice este sábio, encontró algunas verdades profundas y extraordinarias para aquel tiempo sobre la cicloide... las propuso á manera de problemas; pero el Sr. Wallis en Inglaterra, y el P. Lallouère en Francia, y aun otros, hallaron el medio de resolverlos ¹.»

Este testimonio de Leibnitz prueba desde luego que es menester guardarse de creer lo que se dice en el *Discurso de la vida y obras de Pascal* (pág. 97 y sig.) contra el libro del P. Lallouère, de quien habla su autor con sumo desprecio. «Este Jesuita, dice, tenia reputacion en las matemáticas, SOBRE TODO ENTRE SUS HERMANOS (pág. 98).» Pero Leibnitz no era jesuita, ni tampoco, segun creo, Montucla; y sin embargo este último confiesa en su *Historia de las matemáticas*, «que el libro del P. Lallouère resolvia todos los problemas propuestos por Pascal, y contenia una profunda y sábia geometría ².»

Yo me atengo á estas autoridades, y no creo que el des-

¹ Este grande hombre añade, con aquel conocimiento de sí mismo, que nadie caracterizará de orgullo: «Me atreví á decir que mis meditaciones son el fruto de una aplicación mucho mayor y mas larga que la que Pascal habia empleado en las materias elevadas de la teología: además, que él no habia estudiado la historia ni la jurisprudencia con tanto cuidado como yo, y no obstante, una y otra se requirerán para establecer ciertas verdades de la religion cristiana.» (La jurisprudencia se aplicaba, en su entender, á la cuestion examinada en toda su latitud: *Del imperio del Soberano Pontífice*). «Si Dios me concede aun por algun tiempo vida y salud, espero que me concederá tambien oportunidad y libertad para cumplir mis votos, hechos ya hace mas de treinta años.» (*Espiritu de Leibnitz*, en 8.º, t. I, pág. 224).

² Montucla, *Historia de las matemáticas*, en 4.º, 1798 y 99, t. II, pág. 77. Es verdad que añade; «pero habiéndose publicado el libro del P. Lallouère en 1660, ¿quién nos asegura que no se valió entonces de la obra de Pascal publicada desde el principio del año 1639?» (*Ibid.* pág. 68). ¿Quién nos lo asegura? La razon y los hechos. El libro del Jesuita se publicó en 1660, lo cual significa en el corriente de aquel año (acaso en marzo ó abril). El de Pascal se publicó al principio del 59 (en enero ó febrero). Y bien, ¿qué espacio de tiempo se deja al Jesuita para componer é imprimir un tomo en 4.º sobre las

cubrimiento de una verdad difícil para aquel tiempo, pero accesible á muchos talentos de hoy, pueda colocar al inventor en la clase sublime que se le quiere atribuir en este orden de conocimientos.

Por otra parte, Pascal se condujo de un modo muy equivoco en todo este asunto de la cicloide; y la historia que publicó de esta curva célebre, no es tanto una historia como un libelo. Montucla, autor imparcial, conviene expresamente «que Pascal no se mostró en el asunto ni exacto ni imparcial; y que por muy grande hombre que fuese, pagó no obstante su tributo á la debilidad humana,» dejándose arrastrar de las pasiones de otro, y olvidando la verdad por escribir en el sentido de sus amigos ¹.

Las contestaciones que se movieron acerca de la cicloide habian descaminado el talento de este grande hombre hasta tal punto, que en la misma historia, sin mas que por simples sospechas infundadas, se permitió tratar sin rodeos á Torricelli de plagario ². Todo es verdadero y todo es falso segun viene bien al espíritu de partido: él prueba lo que quiere; y niega del mismo modo lo que le está bien; se mo-

matemáticas entonces sublimes, y para hacer grabar las láminas bastante complicadas, que se refieren á la teoría de la cicloide?

Los hechos dan mas peso á este raciocinio, porque si el Jesuita hubiera podido aprovecharse de la obra de Pascal, ¿cómo este ó sus amigos de entonces no se lo hubieran echado en cara? ¿Y cómo sus amigos de hoy no nos citarían estos textos? En fin, para que nada falte á la demostracion, basta reflexionar en la confesion expresa y decisiva de que el libro del P. Lallouère contenia una profunda y sábia geometría. Luego esta era una geometría particular del autor, y toda suya de la manera mas exclusiva; porque si hubiese pertenecido á la de Pascal, ó solamente que se hubiese aproximado á ella, cien mil personas hubieran gritado al instante: ¡El plagario!

¹ Montucla, *Historia de las matemáticas*, pág. 55, 59 y 60.

² «Pascal, en su *Historia de la polea*, trata sin rodeos de plagario á Torricelli. He leído con atencion las piezas del proceso, y confieso que la acusacion de Pascal me parece UN POCO AVENTURADA.» (*Discurso sobre la vida y las obras*, etc., pág. 93). Bien puede creerse que estas palabras de un poco aventurada, dichas en este lugar, y por tal pluma, significan enteramente imperdonable.

fa de todo, y no advierte que los demás se mofan de él. Se nos han repetido en el siglo XIX los cuentos de madama Perrier (hermana de Pascal) sobre la prodigiosa infancia de su hermano; y con la misma serenidad se dice: «que antes de cumplir diez y seis años habia compuesto ya una obrita sobre las *Secciones cónicas*, que fue mirada entonces como un prodigio de sagacidad¹;» cuando tenemos el testimonio auténtico de Descartes, que descubrió el plagio al momento, y lo denunció sin pasion y sin rodeos, en una correspondencia puramente científica².

La misma parcialidad y la misma falta de buena fe tenemos acerca de la famosa experiencia de *Puy-de-Dôme*. Se nos asegura que la explicacion del mayor fenómeno de la naturaleza se debe PRINCIPALMENTE á las experiencias y á las reflexiones de Pascal³; y yo creo, sin temor de ser demasiado dogmático, que la explicacion de un fenómeno se debe PRINCIPALMENTE á aquel que lo explicó, y como no hay la menor duda sobre la anterioridad de Torricelli⁴, resulta que Pascal no tiene ningun derecho á ella. La experiencia del barómetro no era mas que un corolario feliz de la verdad descubierta en Italia; porque si el aire por su cualidad de fluido pesado es quien tiene suspendido el mercurio en el tubo, se sigue que la columna de aire no podia disminuir de altura, sin que el mercurio bajase proporcionalmente.

¹ *Discurso sobre la vida y las obras, etc.*, pág. 22.

² «He recibido el *Ensayo sobre las secciones cónicas* del hijo del Sr. Pascal (Estéban), y antes de haber leído la mitad, he juzgado que lo habia tomado casi todo del Sr. Desargues; en lo que luego me he confirmado por la confesion que él mismo ha hecho de ello.» *Carta de Descartes al P. Mersenne en la Coleccion de sus cartas*, en 12.º, 1725, t. II, carta XXXVIII, pág. 179). Aun cuando la historia tuviese derecho de contradecir semejantes testimonios, no lo tendria para pasarlos en silencio.

³ *Discurso sobre la vida y las obras, etc.*, pág. 30.

⁴ Torricelli murió en 1647, y su descubrimiento relativo al barómetro está probado en su carta al abate (después cardenal) Miguel Ángel Ricci, escrita en 1644, y por la respuesta del mismo abate. (*Storia della letter. ital. di Tiraboschi*, t. VIII, lib. II, núm. 22).

Mas aun esta experiencia no la habia imaginado Pascal; pues Descartes, que pedia dos años después los pormenores de ella á uno de sus amigos, le decia: «Yo debia esperarlos antes de Pascal que de vos, porque hace dos años que le encargué que hiciese esta experiencia, asegurándole que aunque yo no la habia hecho, no dudaba de un buen resultado¹.»

A esto se nos dice que Pascal despreció la reclamacion de Descartes, ó nada respondió á ella; PORQUE en un compendio histórico publicado en 1651 habló á su vez del mismo modo².

En primer lugar, esto es como si se dijese: *Pascal no se dignó responder PORQUE respondió*; mas veamos en fin lo que respondió Pascal.

«Es muy cierto, y lo digo abiertamente, que esta experiencia es invencion mia, y POR LO TANTO puedo decir que el nuevo conocimiento que nos ha descubierto es enteramente mio³.»

Sobre lo cual el docto biógrafo hace la siguiente observacion: «Contra un hombre como Pascal, no se debe uno contentar con decir friamente dos años después de la experiencia: *yo he dado la idea de ella*; sino que es preciso probarlo⁴. Pero podemos volver contra él el mismo argumento.»

Contra un hombre como Descartes, que no pertenecia á ninguna secta, ni es conocido por calumnia alguna, ni falta de buena fe, ni falsificacion; *no se debe uno contentar con decir*

¹ *Carta de Descartes al Sr. de Carcavi*, t. VI, pág. 179.

² *Discurso sobre la vida y las obras, etc.*, pág. 39.

³ *Compendio histórico dirigido por Pascal á un Mr. de Ribeyra*, ibid. pág. 39. — Observemos de paso que la frase de Pascal y POR LO TANTO, es muy falsa; porque aun suponiendo que él fuese el autor de la experiencia, lo que se seguiria es, que él habria apoyado ó confirmado el nuevo conocimiento con una experiencia muy bella, muy ingeniosa y muy decisiva; pero de ningun modo que el conocimiento fuese enteramente suyo; lo que es manifiestamente falso, y aun llega á incomodar á quien tiene un poco de conciencia.

⁴ *Discurso sobre la vida y las obras, etc.*, pág. 39.

framente (un año despues de la muerte del grande hombre, y despues de haber guardado silencio mientras él podia defenderse), yo digo abiertamente que esta experiencia es invención mia; sino que ES NECESARIO PROBARLO ¹.

No pretendo negar á Pascal su distinguido mérito en orden á las ciencias, ni disputo á nadie lo que le pertenece; solo digo que este mérito ha sido muy exagerado, y que la conducta de Pascal en el asunto de la ciclóide, y en el de la experiencia de Puy-de-Dôme, no fue recta de ningun modo, ni merece ser excusada.

Aun diré mas, y es, que el mérito literario de Pascal no ha sido menos exagerado. Ningun hombre de gusto podrá negar que sus *Cartas provinciales* no sean un hermoso libelo, y que hace época aun en nuestra lengua *, pues que ha sido la primera obra verdaderamente francesa que se ha escrito en prosa; pero tampoco deo de creer que una gran parte de la reputacion de que goza esta obra se debe al espíritu del partido que se interesaba en hacerla valer, y aun acaso mucho mas á la cualidad de las personas contra quienes se dirigia. Es una observacion incontestable, y que hace mucho honor á los Jesuitas, el que en su cualidad de *guardias de corps de la Iglesia católica*, han sido siempre el objeto del odio de todos los enemigos de la Iglesia. Ni los incrédulos de todas clases, ni los Protestantes de todas las sectas; ni sobre todo los Jansenistas han tenido mayor gusto que el de humillar á esta famosa Compañia; y así debian exaltar hasta las nubes un libro destinado á hacerla tanto mal.

¹ Un buen ejemplo de que el espíritu de partido en nada quiere convenir, se encuentra en este mismo discurso. En la pág. 11 dice: «Que si una carta de Descartes que lleva la fecha del año 1631 (t. I *de las Cartas*, pág. 439), ha sido en efecto escrita en aquel tiempo, «se ve que su autor tenia entonces, relativamente al peso del aire, las «mismas ideas con corta diferencia que Torricelli publicó despues.» Es cosa verdaderamente curiosa, si efectivamente ha sido escrita en aquel tiempo; pues qué, ¿la fecha de una carta no debe creerse hasta que se pruebe que es falsa?

* La francesa, que hablaba el autor.

Si las *Cartas provinciales*, con el mismo mérito literario, se hubiesen escrito contra los Capuchinos, hace ya mucho tiempo que nadie hablaria de ellas. Un literato francés de primer orden (y que no tengo permiso de nombrar) me confesó un dia en una conversacion privada, que no habia podido soportar la lectura de aquellas *Cartas* ¹. La monotonía del plan es un gran defecto para la obra; porque siempre se ve un jesuita tonto que dice necedades, y que ha leído todo lo que en su Orden se ha escrito. Madama de Grignan, aun en medio de la efervescencia del tiempo, decia ya bostezando: *Siempre es la misma cosa*; y su docta madre la regañaba ².

La extrema sequedad de las materias y la imperceptible pequenez de los escritores que se impugnan en estas *Cartas*, acaban de hacer penosa la lectura de este libro. Por lo demás, si alguno gusta de entretenerse en su lectura, no disputo de gustos contra nadie; solamente digo que debió á las circunstancias una gran parte de su reputacion; y creo que ningun hombre imparcial me contradecirá.

Considerando el fondo de las cosas puramente de un modo filosófico, me parece que podemos referirnos sobre ello al juicio de Voltaire, el cual ha dicho llanamente, y como una cosa cierta, que todo el libro estriba palpablemente en un fundamento falso ³.

Mas sobre todo Pascal debe ser considerado bajo el punto de vista de la religion. Puntualmente hizo su profesion de fe en las *Cartas provinciales*, y merece recordarse: «Os declaro, pues, dice allí, que no tengo, gracias á Dios, en la tierra amor alguno sino á la Iglesia católica, apostólica, romana, en la cual quiero vivir y morir, y en la comunión

¹ Yo no merezco ni con mucho el título de literato; pero encuentro en estas líneas mi propia historia, porque he probado, y aun he hecho esfuerzos para leer las *Provinciales*, y confieso, aunque con vergüenza, que se me ha caido de las manos el libro. (Es nota del editor francés).

² *Cartas* de madama de Sevigné. (Carta DCCLIII, de 21 de diciembre de 1689).

³ Voltaire, *Siglo de Luis XIV*; t. III, c. 37.

«con el Papa su jefe soberano, fuera de la cual estoy persuadido que no hay salvacion.» (*Carta XVII*).

Hemos visto poco antes el magnífico testimonio que ha dado al Sumo Pontífice. Este es el Pascal católico, y cuando enteramente gozaba del uso de su razon. Escuchemos ahora á Pascal sectario.

«Temia el haber escrito mal viéndome condenado; mas el ejemplo de tantos escritos piadosos me hace creer lo contrario¹. Ya no se puede escribir bien; tan ignorante y corrompida es la Inquisicion: pero vale mas obedecer á Dios que á los hombrés. Ni temo ni espero nada; Port-Royal teme, y es muy mala política... Cuando ellos dejen de temer, se harán mas temibles. El silencio es la mayor persecucion: los Santos jamás callaron. Es cierto que se necesita vocacion para ello, mas no debe aprenderse de los decretos del Consejo si uno es llamado, sino de la necesidad de hablar. Si mis Cartas han sido condenadas en Roma, lo que yo condeno en ellas está condenado en el cielo. La Inquisicion (tribunal del Papa para examinar y condenar los libros), y la Compañía (los Jesuitas), son los dos azotes de la verdad².»

Calvino no hubiera podido decirlo mejor, y es muy notable que Voltaire no ha puesto dificultad en decir, en su famoso Comentario, sobre este pasaje de Pascal, que si alguna cosa puede justificar á Luis XIV de haber perseguido á los Jansenistas, es seguramente este párrafo³.

¹ Pascal debería haber nombrado uno de estos escritos piadosos condenados en tan grande número por la autoridad legítima. ¿Qué graciosos son los sectarios! Llaman escritos piadosos á los escritos de su partido, y luego se quejan de las condenaciones de los escritos piadosos.

² Pensamientos de Pascal, t. II, art. 17, núm. 82, pág. 218. * ¿Qué tendrán los Jansenistas con la Inquisicion, que todos la aborrecen? Lo que tienen los lobos con los perros. Los sectarios, declamando contra la Inquisicion, no advierten que hacen su apología para con los Católicos; y los políticos que tanto la embarazan, se hacen poco honor en punto á religion con estos amigos.

³ Nota de Voltaire en el Siglo de Luis XIV, pág. 334. Aquí se ve el verbo perseguir empleado en un sentido que es enteramente pecu-

Voltaire nada dice de mas. Porque ¿qué gobierno, á no estar enteramente ciego, podría tolerar á un hombre que se atreve á decir: «¡Fuera autoridad! Á mí me toca juzgar si tengo vocacion. Los que me condenan no tienen razon, pues que no piensan como yo. ¿Qué es la Iglesia galicana? ¿qué es el Papa? ¿qué la Iglesia universal? ¿qué el Parlamento? ¿qué el Consejo de Estado? y ¿qué es el Rey mismo en comparacion de mí?»

Y todo esto dicho por un hombre que no ha cesado de hablar contra la razon individual; que nos advierte que el juicio privado es odioso, porque es injusto y se hace centro de todo: «que la piedad cristiana anonada el yo, y que la simple civilidad humana lo oculta y lo suprime¹.»

Mas todos los sectarios se parecen. Tambien Lutero decia al Padre Santo: «Me pongo enteramente en vuestras manos; cortad, quemad, haced de mí cuanto quisiéreis²;» y otra vez: «Tambien yo quiero que el romano Pontífice sea el primero de todos³.» Blondel decia igualmente: «Los Protestantes no pretenden disputar á la antigua Roma ni la dignidad de la Silla apostólica ni el primado... que ejerce de un cierto modo sobre la Iglesia universal⁴.» Hontheim (Febonio) decidió: «Que era preciso procurar mantener á toda costa la comunión con el Papa⁵, etc., etc.»

Todo esto, y aun mas dicen; pero en llegando á explicaciones en que se trate de su propia causa, entonces se les

liar de nuestro siglo. Según el estilo antiguo, la verdad es que era la perseguida; pero hoy es el error ó el crimen. Los decretos de los Reyes de Francia contra los Calvinistas ó sus primos hermanos, son persecuciones, como los decretos de los Emperadores gentiles contra los Cristianos. Bien pronto, si Dios lo permite, se nos dirá que los tribunales persigu en á los asesinos.

¹ Pensamientos de Pascal, t. I, núm. 172, t. II, pág. 221, número 81.

² Epist. ad Leonem X.

³ Epist. ad Emserum.

⁴ Blondel, De Primatu in Ecclesia, pág. 24.

⁵ Feb ron. t. I, pág. 170.